

Whitman, cúmplase ya nuestra hora. De mis miradas hago una escalera, con mis pasos tejo una almohada. Esperaremos. El hombre muere, pero es más duradero que la tumba. Cúmplase ya nuestra hora. Espero que corra el Volga entre Manhattan y el Queens. Espero que desemboque el Huang Ho junto al Hudson. ¿Te sorprende? ¿Acaso no desembocaba el Orontes en el Tíber? Cúmplase ya nuestra hora. Oigo un estruendo, un fragor: Wall Street y Harlem se reúnen: júntanse las hojas y el trueno, el vendaval y el polvo. Cúmplase ya nuestra hora. Las conchas construyen sus nidos en la ola de la historia. El árbol conoce su nombre. Y hay agujeros en la piel del mundo, un sol que cambia su máscara, su destino, y solloza en un ojo negro. Cúmplase ya nuestra hora. Podemos girar más aprisa que la rueda, podemos romper el átomo y flotar en un cerebro electrónico pálido o radiante, vacío o lleno. Podemos hacer de los pájaros nuestra patria. Cúmplase ya nuestra hora. Hay un pequeño libro rojo que se alza, no sobre las tablas que se astillan bajo las palabras, sino sobre la madera que se ensancha y crece, la madera de la locura sabia y la lluvia que cae limpia para ser heredera del sol. Cúmplase ya nuestra hora.